

**EL DESASOSIEGO  
DE NUESTRO TIEMPO**



**SIMONE WEIL**

**EL DESASOSIEGO  
DE NUESTRO TIEMPO  
Y OTROS ESCRITOS POLÍTICOS**

Traducción de  
Luis González Castro

**PÁGINA INDÓMITA**

Títulos originales:  
«Réflexions sur la guerre»,  
«Ne recommençons pas la guerre de Troie»,  
«Lettre à Georges Bernanos», «Désarroi de notre temps»,  
«Réflexions sur la barbarie», «Programme pour temps  
de guerre», «Cette guerre est une guerre de religions»,  
«La personne et le sacré», «Luttons-nous pour la justice?»,  
«Note sur la suppression générale des partis politiques»  
y «Étude pour une déclaration des obligations  
envers l'être humain»

© de la traducción, Luis González Castro, 2024  
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Primera edición: abril de 2024

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-128187-0-3  
Depósito legal: C-215-2024

## ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
EL DESASOSIEGO DE NUESTRO TIEMPO Y OTROS ESCRITOS POLÍTICOS	15
Reflexiones sobre la guerra	17
No empecemos otra vez la guerra de Troya	37
Carta a Georges Bernanos	67
El desasosiego de nuestro tiempo	77
Reflexiones sobre la barbarie	81
Programa para tiempos de guerra	87
Esta guerra es una guerra de religiones	89
La persona y lo sagrado	103
¿Estamos luchando por la justicia?	147
Sobre la supresión general de los partidos políticos	165
Estudio para una declaración de las obligaciones respecto al ser humano	195
Índice onomástico	209



## NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El mensaje de Simone Weil [...] nos recuerda las verdades que ya no teníamos costumbre de escuchar.

RAYMOND ARON

El único gran espíritu de nuestro tiempo.

ALBERT CAMUS

La conciencia más lúcida de nuestra época.

GIORGIO AGAMBEN

En esta selección de escritos, una de las pensadoras más relevantes del último siglo ilumina los dilemas y el desasosiego característicos de nuestro tiempo. Con un lúcido espíritu heterodoxo, Weil nos ofrece aquí sus reflexiones sobre los partidos políticos, la democracia y el totalitarismo, sobre el nacionalismo y la guerra, sobre la opresión ejercida por la técnica y la maquinaria social y estatal.

La antología se abre con «Reflexiones sobre la guerra», texto fechado en 1933, después de que los nazis se hagan con el poder en Alemania —donde la autora ha estado el año anterior— y de que la amenaza de la guerra vuelva a cernirse sobre Europa. El escrito fue publicado originalmente en *La Critique sociale* (n.º 10, noviembre de 1933).

Weil aborda en mayor profundidad esa amenaza de ruina y masacre en el segundo de los ensayos, «No empezemos otra vez la guerra de Troya», que vio la luz después del estallido de la guerra civil española y fue publicado originalmente en *Nouveaux Cahiers*, n.ºs 2 y 3, del 1 y 15 de abril de 1937. La autora había participado brevemente en la contienda española, tras cruzar la frontera en agosto de 1936 y unirse a la Columna Durruti en el Frente de Aragón. Sobre esa experiencia escribe en el tercero de los textos aquí incluidos, la «Carta a Georges Bernanos», que data de 1938 y fue publicada por primera vez en 1950, en el *Bulletin de la Société des amis de Georges Bernanos*.

A continuación vienen «El desasosiego de nuestro tiempo», fechado probablemente a finales de 1938, tras la anexión de Austria y la ocupación de Checoslovaquia por parte de Alemania, y «Reflexiones sobre la barbarie», escrito en 1939, después de que la autora haya matizado ya su inicial pacifismo intransigente en lo que atañe a la relación entre los Estados — ambos textos fueron publicados de manera póstuma en *Écrits historiques et politiques*, Gallimard, 1960.

El siguiente escrito, «Programa para tiempos de guerra», data de finales de 1939, cuando ya ha comenzado la Segunda Guerra Mundial pero Francia todavía no ha caído. Al igual que los anteriores, fue publicado de manera póstuma en *Écrits historiques et politiques*.

Tras la ocupación alemana de París en 1940, Weil se traslada inicialmente a Marsella y después, en mayo de 1942, parte con sus padres hacia los Estados Unidos. Sin embargo, a finales de ese mismo año llega a Londres para sumarse a la Resistencia francesa, liderada por el gobierno en el exilio del general Charles de Gaulle. Allí trabaja como redactora para *France Libre* y escribe el resto de los escritos incluidos en la presente antología, todos ellos fechados en 1943 e imbuidos ya de una espiritualidad cristiana, que la autora ha abrazado después de que la experiencia de la barbarie la lleve a distanciarse del racionalismo de su maestro Alain. Dichos textos son los siguientes:

- «Esta guerra es una guerra de religiones», publicado originalmente en *La Table ronde* bajo el título «Retour aux guerres de religions» (n.º 55, julio de 1952).
- «La persona y lo sagrado», al igual que el anterior publicado originalmente en *La Table Ronde*, bajo el título de «La personnalité humaine, le juste et l'injuste» (n.º 36, diciembre de 1950).
- «¿Estamos luchando por la justicia?», que vería la luz en el número 28 de la revista *Prewves*, en junio de 1953.
- «Sobre la supresión general de los partidos políticos», publicado originalmente en *La Table ronde* (n.º 26, febrero de 1950).

—Y, por último, «Estudio para una declaración de las obligaciones respecto al ser humano», publicado por primera vez en *Écrits de Londres et dernières lettres*, Gallimard, 1957.

Weil no se da por satisfecha con esta colaboración con la Resistencia y, como ya había hecho en la guerra civil española, cuando se había ofrecido a adentrarse en territorio enemigo para averiguar el paradero de uno de los fundadores del POUM, insiste en ser enviada a alguna misión peligrosa a Francia, a pesar de su mal estado de salud. Decepcionada por la negativa del entorno del general de Gaulle, abandona la organización en julio de 1943, meses después de haber sido diagnosticada de tuberculosis y hospitalizada. Su salud empeora rápidamente y, tras ingresar en un sanatorio de Ashford, fallece el 24 de agosto de 1943, a la edad de 34 años.

Su legado, marcado por el compromiso con la justicia, los derechos y las obligaciones del ser humano, cobra renovado vigor en nuestro presente, cuando se diría que, una vez más, «la lepra» del «espíritu partidista ha terminado por contaminarlo todo»:<sup>1</sup>

En casi todas partes, e incluso a menudo en el caso de problemas puramente técnicos, la operación de tomar

1. Véase, más adelante, p. 191.

partido, de posicionarse a favor o en contra, ha sustituido a la obligación de pensar.<sup>2</sup>

En la presente edición, ofrecemos al lector una nueva traducción al español de los textos de la autora. Las notas al pie son del traductor.

2. *Ibid.*



**EL DESASOSIEGO  
DE NUESTRO TIEMPO**



REFLEXIONES  
SOBRE LA GUERRA  
(Noviembre de 1933)

La situación actual y el estado de ánimo que suscita vuelven a poner en primer plano el problema de la guerra. Vivimos hoy con la perpetua expectativa de dicha guerra; el peligro tal vez sea imaginario, pero la sensación de tal peligro existe y constituye un factor nada desdeñable. Sea como fuere, no vemos otra reacción que la del pánico, no tanto el pánico del coraje ante la amenaza de una masacre como el pánico de las mentes ante los problemas que se les plantean. Y en ninguna parte el desconcierto es más evidente que en el movimiento obrero. Si no hacemos un serio esfuerzo de análisis, corremos el riesgo de que tarde o temprano la guerra nos encuentre sumidos en la impotencia, no solo para actuar, sino incluso para juzgar. Antes que nada debemos hacer un balance de las tradiciones en las que hemos vivido hasta ahora de forma más o menos consciente.

Hasta el periodo posterior a la última guerra, el movimiento revolucionario, en sus diversas formas, no tenía nada en común con el pacifismo. Las ideas revolucionarias sobre la guerra y la paz se habían inspirado

siempre en los recuerdos de los años 1792-1794, que habían sido la cuna de todo el movimiento revolucionario del siglo XIX. La guerra de 1792 aparecía, en absoluta contradicción con la verdad histórica, como un impulso victorioso que, si bien había enfrentado al pueblo francés contra los tiranos extranjeros, habría roto al mismo tiempo el dominio de la Corte y de la alta burguesía, para llevar al poder a los representantes de las masas trabajadoras. De ese recuerdo legendario, perpetuado por el canto de *La marsellesa*, nació la concepción de la guerra revolucionaria, defensiva y ofensiva, como una forma legítima, y una de las más gloriosas, de la lucha de las masas trabajadoras contra los opresores. Fue esta una concepción común a todos los marxistas y a casi todos los revolucionarios hasta estos últimos quince años. En cambio, cuando se trata de evaluar otras guerras, la tradición socialista nos ofrece no una sino varias concepciones, las cuales son contradictorias y, sin embargo, nunca se han contrapuesto claramente.

En la primera mitad del siglo XIX, la guerra parecía tener en sí misma cierto prestigio a ojos de los revolucionarios que, en Francia, por ejemplo, criticaron duramente a Luis Felipe I por su política de paz; Proudhon escribió entonces un elocuente elogio de la guerra, y se soñaba tanto con guerras liberadoras de los pueblos oprimidos como con insurrecciones. La guerra de 1870 obligó por primera vez a las organizaciones proletarias, es decir, en este caso a la Internacional, a adoptar una

posición concreta sobre esta cuestión de la guerra; y dicha Internacional, por medio de la pluma de Marx, invitó a los trabajadores de los dos países en lucha a oponerse a cualquier intento de conquista, pero a participar decididamente en la defensa de su país contra el ataque del adversario.

Fue en nombre de otra concepción como Engels, en 1892, evocando elocuentemente la guerra que había estallado cien años antes, invitó a los socialdemócratas alemanes a participar con todas sus fuerzas, si era necesario, en una guerra que enfrentaría a Francia, aliada de Rusia, contra Alemania. Ya no se trataba de defender o atacar, sino de preservar, mediante acciones ofensivas o defensivas, el país donde el movimiento obrero era más poderoso, y aplastar al país más reaccionario. En otros términos, según esta concepción, que también es la de Plejánov, Mehring y otros, para juzgar un conflicto es necesario ver qué resultado sería más favorable para el proletariado internacional, y tomar partido en consecuencia.

A esta concepción se opone directamente otra, la de los bolcheviques y los espartaquistas, según la cual, en todas las guerras, con excepción de las nacionales o revolucionarias según Lenin, y solo de las revolucionarias según Rosa Luxemburgo, el proletariado debe querer que su propio país sea derrotado y sabotear la lucha. Tal concepción, basada en la idea del carácter imperialista de las guerras —las cuales, con las excepciones re-

cién mencionadas, podrían compararse con una disputa entre bandidos por el botín—, no está exenta de serias dificultades: parece romper la unidad de acción del proletariado internacional, pues exhorta a los trabajadores de cada país, que deben trabajar por la derrota del suyo, a favorecer así la victoria del imperialismo enemigo, victoria que otros trabajadores deben esforzarse por impedir. La famosa fórmula de Liebknecht, «Nuestro principal enemigo está en nuestro propio país», deja clara esta dificultad, ya que asigna un enemigo diferente a las diversas fracciones nacionales del proletariado, enfrentándolas así entre ellas, al menos en apariencia.

Vemos, pues, que la tradición marxista no presenta unidad ni claridad en lo que atañe a la guerra. Pero hay al menos un aspecto común a todas las teorías: el rechazo categórico a condenar la guerra como tal. Los marxistas, en particular Kautsky y Lenin, parafrasean de buen grado la fórmula de Clausewitz según la cual la guerra solo continúa la política de tiempos de paz, pero por otros medios, de modo que dicha guerra debe ser juzgada no por la naturaleza violenta de los procedimientos empleados, sino por los objetivos perseguidos mediante esos procedimientos.

El periodo de posguerra introdujo en el movimiento obrero no otra concepción —pues no podemos acusar a las organizaciones obreras, o las así llamadas hoy, de tener concepciones sobre cualquier asunto—, sino otra atmósfera moral. Ya en 1918 el partido bolchevi-

que, que deseaba ardientemente la guerra revolucionaria, tuvo que resignarse a la paz, y no por razones doctrinales, sino bajo la presión directa de los soldados rusos, a quienes la emulación de 1973 evocada por los bolcheviques no les inspiraba más de lo que lo hacía la posición de Kérenski. Del mismo modo, en otros países, en el plano de la simple propaganda, las masas afectadas por la guerra obligaron a los partidos que se decían proletarios a adoptar un lenguaje puramente pacifista, lenguaje que no impidió a unos celebrar al Ejército Rojo y a otros votar los créditos de guerra de su propio país. Por supuesto, este nuevo lenguaje nunca fue justificado con análisis teóricos; ni siquiera pareció advertirse que fuera nuevo. Pero el hecho es que, en lugar de condenar la guerra como imperialista, se comienza a condenar el imperialismo como una causa de la guerra. El llamado Movimiento Ámsterdam, teóricamente dirigido contra la guerra imperialista, tuvo que presentarse, para conseguir atención, como opuesto a la guerra en general. En el terreno de la propaganda, la disposición pacífica de la URSS se resaltaba incluso más que su supuesto carácter proletario. Las fórmulas de los grandes teóricos del socialismo sobre la imposibilidad de condenar la guerra como tal cayeron por completo en el olvido.

El triunfo de Hitler en Alemania ha sacado a la superficie, por así decirlo, todas las viejas concepciones, inextricablemente mezcladas. La paz parece menos valiosa cuando conlleva los indescriptibles horrores bajo